

ADRIÁN RUIZ FERNÁNDEZ

BREVE HISTORIA  
DEL FUTURO

*Una travesía occidental*

BREVIARIOS

ATHENAICA

ATHENAICA EDICIONES  
*breviarios*

Primera edición: septiembre, 2022

© Adrián Ruiz Fernández, 2022  
© Milhojas Servicios Editoriales, S. Coop. And., 2022  
c/ González Cuadrado, 46, 1A 41003 Sevilla (España)  
[www.athenaica.com](http://www.athenaica.com)  
[athenaica@athenaica.com](mailto:athenaica@athenaica.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.cedro.org](http://www.cedro.org); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

DEPÓSITO LEGAL: SE 1278-2022

ISBN: 978-84-18239-61-8

## ÍNDICE

NECROLOGÍA DE UNA ESTRELLA . . . . .	11
ARQUEOLOGÍA Y GÉNESIS DEL FUTURO. . . . .	19
El futuro como promesa. . . . .	19
LA FATIGA DEL TIEMPO NUEVO . . . . .	65
El tiempo nuevo. . . . .	65
Bajo el signo de interrogación . . . . .	91
Agradecimientos. . . . .	137
Bibliografía . . . . .	139



La vida humana es [...] una ecuación entre pasado y porvenir. [...] Nada, en efecto, permite definir con mayor precisión y profundidad la estructura de cada hombre y, claro está, de cada época humana.

[...] precisamente porque vivir es sentirse disparado hacia el futuro rebotamos en él como en un hermético acantilado y vamos a caer en el pasado, al cual nos agarramos hincando en él los talones para volver con él, *desde él*, al futuro y realizarlo. [...] Aquí tienen ustedes el origen de la historia. [...] Y este rebote del futuro al pretérito acontece en el hombre a toda hora, lo mismo en lo grande que en lo trivial. Cuando dentro de poco, concluida la lección, se encuentren ustedes ante un futuro que consiste en tener que salir de esta aula, surgirá en ustedes el recuerdo de dónde estaba la puerta por la que entraron.

José Ortega y Gasset,  
«Pasado y porvenir para el hombre actual», 1951



## NECROLOGÍA DE UNA ESTRELLA

Frente a aquellos que sitúan la edad de oro anhelada en el pasado y quienes la proyectan en un futuro remoto, Antonio Machado recomienda, por boca de Juan de Mairena, mantener en tensión el signo de interrogación: «¿Adónde vamos a parar?». Ante tremebunda cuestión se nos abren dos alternativas, dos puertas. O dejarle la tarea a un futurólogo. O responder del modo en que célebremente lo hacía Agustín de Hipona: no lo sé. Queda todavía una tercera vía. Si se quiere, un tipo distinto de futurología, orientada a preguntarnos si el interrogante que lanzaba Machado al futuro resulta hoy, en este tiempo de tránsito y, por ello, auroral y crepuscular, de una libre elección o es más bien recibido como herencia.

Todavía de un modo u otro en la resaca del siglo XX, en el que el optimismo futurista en su versión más insigne (la idea del progreso), fue dando sus últimos coletazos como una bestia agónica, nos vemos ante esta encrucijada de impostergable esclarecimiento. Por ello, antes de hablar de «crisis del futuro» debemos saber qué futuro está en crisis. También, cuánto tiempo lleva así.

Existe hoy la sensación de que en el firmamento hay otra estrella muerta: esa gran idea-guía en torno al futuro que concibieron y dieron a luz los ilustrados y positivistas de los siglos XVIII y XIX. En parte, esta

forzosamente breve historia del futuro es una necrología de una estrella. O, si se prefiere, de un futuro pasado. Es, también, un *aviso mortuario*. Y ello no solo por reconocernos enriquecidos por la luz de esta estrella sino porque al ser astro y no cuerpo o cadáver, todavía vaga en forma de espectro o fantasma, a medio camino entre el luminoso acá del día y el oscuro reino de los destinos cumplidos.

Hace ya casi un siglo, en la obra de 1923 *El tema de nuestro tiempo*, Ortega y Gasset diagnosticaba una Europa en crisis. Como se advirtió por doquier en la época, el mundo de ayer se derrumbaba y nuevos valores, ideas y creencias iban a construir el suelo de uno nuevo. La propia obra de Ortega es una respuesta a esa crisis y, como cualquier cura o terapia que se precie, es profusa en imágenes y descripciones de la enfermedad: «Imagínese un momento de transición durante el cual [...] parece el paisaje desarticularse, vacilar, estremecerse en torno al sujeto». Más allá de esta pintura, trazada con sismógrafo y pincel —cuyo poder sugestivo podríamos acotar asociándola a la obra del pintor británico Paul Nash, *We are making a new world*, de 1918—, Ortega alude a la vivencia de la pérdida de la estrella guía que, como un lazarillo estelar, abrió el camino en la marcha hacia el ignoto paisaje del futuro. Certero, como el más avezado de los arqueros, nos dice: el «hombre de Occidente padece una radical desorientación, porque no sabe hacia qué estrellas vivir».

Si esta idea nos interpela es porque hoy nos ocurre algo semejante. El diagnóstico de la desorientación encaja en nuestro perfil clínico. Más que en crisis estamos desnortados. Tenemos a la espalda un tipo de futuro desaparecido tras una larga agonía, y delante un agolpamiento de ideas y términos diversos que intentan cartografiar la situación a la sombra del antiguo soberano: ausencia de futuro, *no-future*, catástrofe climática, utopía biológica, presentismo. La cuestión de si una de ellas podrá volverse hegemónica pasa por la difícil elucidación de si hoy es posible hablar, como antaño, de futuro en singular y no más bien de futuros. O bien, de si hay más razones que nunca para hablar de un futuro único para la especie.

Acostumbramos a entender por historia el conjunto de hechos pretéritos. Y, aunque en los últimos siglos hemos alcanzado una comprensión aguzada de nosotros mismos como seres preminentemente históricos —y, como se verá, esto incluye el futuro—, todavía resulta inusitado focalizar la atención en la cuestión del futuro. Parece una paradoja, ¿cómo puede ser el futuro historiable si el futuro todavía no es?

Ortega sostenía que el hombre se va haciendo y, que de esta su constitución futurista, tan solo podemos apresar el momento negativo de lo que ya fue, pues esto no puede volverlo a ser. Es en este sentido que el «pasado estrecha el futuro». Pero, sobre todo, aquí radica el hecho de que «la ciencia del pasado es [...] bien entendida,

la única ciencia del futuro en el sentido muy preciso en que una ciencia del futuro es posible».

Aparte, no deja de ser cierto que el futuro aparece bosquejado en forma de imaginarios, sueños y esperanzas, ilusiones, ideales y utopías. Bajo esta pluralidad de formas subyace la historia y sus efectos, las circunstancias del presente, e incluso realidades emotivas y afectivas como el temor, el miedo, la espera dichosa o los felices nervios que se deslizan de puntillas o acarician las paredes internas de nuestra piel cuando esperamos algo que nos hace ilusión. Todas ellas son sucedáneos de la omnipresente expectativa ante lo futuro. La literatura, el cine e incluso la música son artes que han sabido jugar con esta dimensión expectante del ser humano. No por nada es ínsita a su estructura y configuración. Tienen razón los novelistas: la novela es *como* la vida. Por ello, ¿quién querría morar en una soporífera, sin intriga, sin futuro? En definitiva, una historia del futuro completa exigiría una historia de los sentimientos o afectos.

La historia de lo que el ser humano ha esperado del futuro es —tomando prestada una frase de *Historia de las utopías*, la ópera prima de Lewis Mumford, de 1924—, la otra mitad de la historia de la humanidad. Es Mumford uno de los historiadores del futuro que guía nuestra aventura. Entre ellos, también podemos contar a Reinhart Koselleck o a Lucian Hölscher, cuya obra *El descubrimiento del futuro*, de 1999, es otro hito en esta dirección. Los historiadores del futuro destacan la

relevancia que éste tiene en la concepción de la historia forjada en Occidente. Merece la pena señalar la radicalidad de este punto. Tal y como decía María Zambrano en *Persona y democracia*, si «el futuro no estuviese actuando, si el futuro fuese simple no-estar todavía, tampoco tendríamos historia».

Por todo ello urge ampliar —todavía con mayor determinación— la noción de historia a lo que los hombres han sentido, imaginado y pensado en torno al futuro. Igualmente —como reclamó Julián Marías—, al estudiar un momento histórico debería incluirse la peculiar perspectiva de futuro que tenían aquellos que ejecutaron las acciones estudiadas y narradas por el historiador (cuya perspectiva difiere a su vez de aquélla). Centrémonos en lo primero, ¿cómo hacer una historia del futuro? Desde la alborada de la práctica historiográfica, el estudio de la historia trató de desvincularse del terreno de la leyenda. Fue este un proceso análogo al célebre y no menos sospechoso tránsito del mito al logos en el ámbito de la filosofía. Sin embargo, nuestro objeto de investigación es tremendamente enrevesado, hasta el punto de que vamos tras las huellas de un animal indómito o criatura fantástica, pues desdibuja los límites entre leyenda e historia. Y ello ocurre incluso cuando se pretende revestir de científicismo lo que no son sino vaticinios y pronósticos, es decir, presagios. Por otro lado, la filosofía de la historia se acerca demasiado al mito poiético cuando habla del futuro. Hölscher

distingue entre hechos fácticos o ficticios tratando de asir esa peculiar y compleja realidad histórica que son las ideas en torno al futuro. Con ello nos provee de una valiosa herramienta. Sin embargo, su estudio se ciñe exclusivamente a la Modernidad, aduciendo que hasta entonces no apareció un «concepto de futuro como espacio de tiempo universal». Aunque la intención no es discutir si la apertura al futuro es o no una constante antropológica —pues no otra es la idea de fondo—, en esta modesta aventura introductoria se intenta ampliar la perspectiva. La necrología de una estrella que tan solo parcialmente este libro es, se descubre como una travesía occidental. Un viaje a través de su inextinguible preocupación por el futuro, a cuyos capítulos o singladuras se accede a través de interrogantes. Pues a ningún otro signo podría estar consagrado este libro, cuyo título y cuyo tema reclaman y exigen ser situados bajo el signo de interrogación.

Occidente ha sido —predominantemente desde la Modernidad—, una civilización futurista. Esto puede demostrarse apelando a dos de sus figuras fundacionales: Sócrates y Jesús. Sócrates y el *padre del siglo futuro* —uno de los muchos nombres de Jesús, como recordaba fray Luis de León—, no solo están familiarizados por haber superado la muerte, sino que también comparten el haberse acordado del porvenir en su hora postrera.

En el juicio contra el que es considerado como el hombre más sabio de la antigua Grecia, este recordará

algo comúnmente creído en el mundo antiguo. A saber: que el moribundo recibe el don de vislumbrar el futuro, como cuenta Platón en la *Apología de Sócrates* (39c). Tras orientar su profecía contra aquellos que le condenaron, Sócrates se dirigió a sus discípulos para reflexionar sobre la muerte —reflexión que continuará en una reunión posterior con ellos, justo antes de tomarse la cicuta, según relata Platón en el *Fedón*— y hacer una petición a los atenienses: les ruega que eduquen a sus hijos en la crítica y la razón socrática. Como hará Jesús en las siete últimas palabras que dijo en la cruz, Sócrates trata de prolongarse en sus hijos, descubriendo algo de luz en la irremediable oscuridad de la palabra postrera. Las últimas palabras de Sócrates se dirigen al futuro en un discurso con doble destinatario: es profecía amenazante contra sus acusadores y es promesa de prolongación en quienes sienten la deuda por su enseñanza. Sócrates, al igual que el Jesús histórico, supera la muerte mediante un ejercicio de filiación potencialmente expansiva a toda la humanidad. Se dirigen al futuro, convirtiendo en hijos a los hombres del mañana. Como bien sabía Nietzsche, el niño es la figura por excelencia del futuro. Y la filiación el lazo que permite religar pasado y futuro más allá de su indiferente sucesión.